

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA INVITACION

La invitación no podía ser rechazada. En estos tiempos de alimentación controlada, de cálculos exactos de calorías y vitaminas, de conflictos caseros alimenticios y de preocupaciones por adquirir el pan nuestro de cada día, una invitación a casa del amigo, para comer sin control, ni cálculos económicos había de ser aceptada forzosamente.

Era día de recuperación de fuerzas, de recuerdo de tiempos pasados, de aprovecharse de las circunstancias, aunque ello sea algo de desconsideración; pero el amigo que invitaba podía hacerlo. Dueño de grandes extensiones de terreno productivo, adquiridas con su trabajo honrado de muchos años, llenaban sus despensas de alimentos diversos. El trigo abundante nos proporcionaba enormes panes que nos recordaban ruedas de carro, vinos diversos, quesos, y una multitud de platos variados hicieron la comida interminable.

Se olvidaban las restricciones, las penurias, las hambres y privaciones y a unos platos sucedían otros y así varias horas.

Todos sabéis cómo se organizan las comidas en la aldea. Y lo mal que suelen quedar los hombres de población cuando son invitados al campo por el amigo labrador que tiene «algunas» tierras que dan «algo».

Un médico practicaba la disección de varios pollos, un contable distribuía equitativamente los alimentos a partes iguales, un abogado hacía gran encomio de las viandas y del buen amigo que había tenido la genialidad de invitarnos, las señoras hacían cálculos de distribución semanal aplicándolos a sus respectivas casas, y el anfitrión, amenizaba la comida con la alegre charla del hombre feliz que sin las preocupaciones normales de la vida actual, se ríe de leyes y racionalismos, porque sus tierras dan de todo, menos el azúcar y el café.

Aquí tenéis un hombre feliz, nos decíamos los comensales. No le falta nada. Le sobra lo que al mundo entero le falta. No olvida tampoco la caridad,

pues de su casa viven muchos, hasta los pobres todos del concejo. Es hombre desprendido que remedia siempre la necesidad justa. Si un vago llega a su puerta, le invita a trabajar para ganarse su sustento y nunca sale mal retribuido, pero después de haber trabajado. Si la iglesia necesita alguna silla para la fiesta, él quiere regalarla y aún le pregunta al Parroco de vez en cuando:

—¿No necesita nada, Don Manuel, para el culto de la Virgen de los Desamparados?

Y el buen Párroco que sabe muy bien del gran corazón de aquél hombre, procura ocultar las necesidades propias y le habla de las necesidades ajenas.

Y seguíamos admirando a aquél hombre que si era feliz, no sólo lo debía a sus abundantes bienes sino también a su recta conciencia de hombre cristiano. Trabajaba día y noche, porque la ociosidad está reñida con el hombre y nunca es buena compañía. Además mientras haya que hacer y se pueda trabajar no debemos de negarnos a ello, nos decía entre alegres risas y humoristas comentarios. Su filosofía era la propia de estos hombres del campo, el refrán y la sentencia oportuna nunca faltaba en sus labios y a veces la ironía ponía su chispa de gracia en el comentario burlón de los apuros de los hombres de la ciudad.

—¿No tiene usted contrariedades?— le preguntamos atrevidamente.

Una broma evasiva nos hizo sospechar que en el alegre vivir de aquel hombre una sombra ocultaba alguna tristeza. No quisimos apurarle más, y la conversación volvió de nuevo a ser alegre y humorista.

Se acercaba la hora del tren, forzadamente habíamos de marcharnos a la gran ciudad próxima.

—Que lástima, nos dijo, ahora que íbamos a empezar a comer.

Y la risa nos hizo interrumpirle porque a través de la puerta de la cocina observamos que decía verdad. Varias fuentes con otros alimentos esperaban la orden de pasar al comedor.

Pero no había mas remedio. El tren que llega puntual a las estaciones cuando llegamos un poco apurados de tiempo, no había de esperarnos. Nos acompañó hacia la puerta y mientras recogíamos nuestras cosas él entró un momento en la habitación próxima. Al salir notó en mí una mirada de extrañeza. En sus ojos había visto unas lágrimas que enturbiaban la vista y que apesar de su rapidez en evitarlas no me pasaron desapercibidas. Yo sólo las ví y él se dió cuenta de ello. Me cogió del brazo y me separó de los demás. No pudo evitar mi pregunta.

—No obstante, Vd. no es feliz.

—Dios no nos abandona nunca, me dijo con amarga tristeza. El sabe muy bien lo que se hace. A pesar de todo, no me quejo. Todo lo daría por mi cruz que pesa mucho... pero que llevo con paciencia.

—Pero... a Vd. qué le falta... que puede amargarle su vida, le pregunté yo lleno de curiosidad.

Venga, venga conmigo. Y empujándome hacia la habitación de donde había salido me hizo pasar.

Acostado en una cama, un niño de unos nueve o diez años soportaba una triste enfermedad que una meningitis de sus primeros años le había dejado como recuerdo.

—Esa es mi cruz, me dijo el anfitrión de nuestra comida. Cuántas veces entro aquí durante el día, y son muchas, no puedo contener las lágrimas. Me da mucha pena de él, veo su sufrimiento y adivino que los años le harán sufrir más todavía. ¿Y hasta cuándo?— me preguntó, sin que yo mismo me atreva a fijar fecha.

—Tenía dos años, continuó diciendo, cuando se le presentó la meningitis. Clamamos a Dios por su salud, yo sabía que al curar de aquel terrible mal podría quedar como nos ha quedado; pero la madre desesperada clamó con la fe que sólo las madres tienen, y exigió de Dios el milagro. No tuvo más remedio que atenderla, pero con la salud de aquel mal, Dios quiso darnos la lección de la falta de resignación con sus designios. Ahí nos lo dejó... como quiso su madre, pero con un puñal lo tenemos clavado en el alma.

Yo no pude decir nada. El lo dijo todo y lo que yo pudiera decir nada calmaría su dolor y su desgracia.

—Alabado sea Dios, me dijo interrumpiendo tristes pensamientos míos no muy lejanos. Y me empujó hacia fuera hablándome de otras muchas cosas con él propósito de distraerme y hacerme olvidar aquella expansión dolorosa de su corazón.

Al despedirme su apretón de manos fué mudo. Nada le pude decir yo tampoco. Nuestros ojos se humedecieron con alguna lágrima. El, pensando en su hijo que vivía... pero eternamente desgraciado, yo, aceptando más resignadamente el recuerdo del hijo que me llevó Dios.

X.

EL GATO RABIOSO

Miau!... miau... miau...! y el viejo gato amarillento, feliz con el rechinar del crespón que orla la falda de la señora caritativa pasa y repasa trotándose la punta del hocico en la extremidad de la cola, y perdiendo en las espesuras de la tela los últimos pelos de su piel fina.

—¡Qué cariñoso es su gatito!— dice amablemente la dama, que tiene horror a los gatos.

—Más que la gente...

—¿Dice usted eso por mí?

—No.

—En resumen: no quiere usted venir esta tarde?

—No.

—¿Ni una sola vez?

—No.

—Precisamente esta tarde predica el P. Paul. ¡Si supiera usted lo bien que habla!

—Aunque fuera el Papa.

Reina entre las dos mujeres un silencio enojoso. Agazapada en una silla coja, la vieja monda sus zanahorias con aire testarudo y resuelto: la señora, en pié, junto a la puerta entreabierta, se resiste a marcharse así sin ninguna esperanza.

—No obstante, ¿Vd. cree en Dios?

—En Dios!— repite la vieja irónicamente, con una especie de arruga en los labios pálidos...—Está muy lejos y no deja de reírse de los pobres!

—No es cierto, puesto que él es el que me envía a Vd., y en su nombre vengo a verla, obedeciendo a lo que dispone en sus Evangelios.

—Todo eso es una tontería!...

En este momento el gato salta a las rodillas puntiagudas de su ama que se pone a acariciarle, ferozmente.

—Mi Dios!... Hele aquí!

Y estrecha contra su pecho al inoble animal despeluzado, cuya cola miserable se levanta como un penacho hacia las manchas encarnosas del techo.

Por un instante la señora contempla este espectáculo con una compasión inmensa en el fondo de sus ojos.

—¡Está muy mal lo que acaba usted de decir!

—¡Lo he dicho como lo pienso!

Y con un arranque seco, a riesgo de

desparramar sus mondaduras, la vieja torna a sus zanahorias.

Entonces la dama desciende con precaución por la escalera coja, llena de polvo en los escalones, mirando con recelo a las ventanillas, sintiéndose espiada con curiosidad a través de las puertas, discretamente abiertas por los vecinos ávidos de saber. Y al pasar oye abrirse del todo esas puertas y a las comadres que se abordan en el descansillo.

—¿De dónde viene esa señora?

—De casa de la Banhau.

—¡Bueno!

Y se salpican con sus risas medio contenidas.

—¡No la conocel!

Y la dama caritativa piensa:

—Al contrario... porque la conozco vengo a verla...

En el fondo la dama no se halla contenta; se ha llevado un buen chasco.

Desde hace seis meses pone jalones, para ver de rendir esa mala voluntad.. Esperaba la Pascua de aquel año... y ¡nada! Blasfemias sólo, blasfemias... ¡Decididamente Dios quiere humillarse y llegada a la acera absorbe largamente un alegre rayo de sol para olvidar aquel odio que entristece su buen corazón de cristiana.

El mismo día, a las ocho de la noche. La vieja en su buhardilla se ha acostado, con su arruga de satisfacción.

—¡Ah puede predicar el padre... el padre qué!... ¡El padre yo no sé qué!.. ¡Puede echar los pulmones hablando.. me es indiferente!

Y con aire satisfecho se sube hasta la barbilla huesosa las sábanas, disponiéndose a dormir.

—¡Berr.. Qué frío hace! Minino, ven aquí!

De un bote el gato salta a la cama. ¡Ven, sí... tú eres mi Dios!.. Ven a calentar a tu ama...

E intenta coger el gato, estrecharle contra ella; pero el animal bufa, pliega el lomo, pasa y repasa sacando las uñas con un gesto nervioso, mordiendo, sacudiendo las sábanas y la manta.

—¡Vete, pues!

Y el gato salta a tierra y se esconde bajo un mueble, mientras la vieja mata de un soplo la vela y se dispone a dormirse.

Nunca se acuesta tan temprano pero aquella tarde toda la vecindad se ha ido a la misión. Es su manera de protestar, quiere que la encuentren roncando como un zapador, cuando todos los santurrones vuelven oliendo a incienso y con el alma atormentada por los terrores del más allá. Sólo que la modorra no la entra muy de prisa, y hacia las nueve la Banhau se halla todavía en ese estado vago, indeciso, que en los viejos precede durante bastante rato al verdadero sueño.

Y al abrir los ojos una vez más, he aquí que en la obscuridad de la habitación, en la luz lechosa de la buhardilla ve ante ella, al pié de la cama, dos ojos verdes, asustados, que la miran en la sombra con una fijeza espectral.

—¡Minino, ven aquí!

El animal no se mueve.. ¡Tiene gracia! Primero marca las orejas en punta hacia adelante, luego las baja, rápidamente, echándolas hacia atrás.

—¡Ven aquí!—le repite

Y el gato se agacha, arrastrando el vientre sobre la colcha, en una actitud de fiera que acecha.

—¡Minino! Gatito, ven con tu mamá!

Nunca la había mirado así. Sus párpados felinos se dilatan más y más sobre fulgores de infierno, mete la cola entre las patas, echa hacia atrás los bigotes, se le erizan los pelos, el gato se para en medio de la cama; con el cuello tendido, la cabeza aplastada, aterrador con su aire salvaje con un poco de baba en la comisura de los labios...

Entonces la vieja siente un miedo horrible, y al incorporar en la cama su torso descarnado, un maullido loco, el grito de un niño al que se atormenta, estalla de repente en el silencio de la pieza, y antes que tenga tiempo de tirarse de la cama abajo, el gato se le echa encima uñas en ristre y boca abierta. Una primera raya roja le estira la cara con una herida en que la sangre aparece en el acto como asombrada y se hincha en gotas antes de correr a raudales. Intenta defenderse con sus dos manos; pero las manos son a la vez buena presa; las uñas se desgarran, las llenan de zurcos, parecen multiplicarse, excitarse al no abrir de una sola zarpada todas las envejecidas venas... azotan, excavan, destrazan... La sangre salpica por todas partes en las paredes, en la cama, en que la Banhau se revuelve crispada luchando algunos minutos a tontas y a locas, sin ver nada pidiendo socorro, buscando la llave de la puerta hasta el momento en que el gato cubre su cabeza con su cuerpo erizado, le salta un ojo, luego el otro le hinca los dientes sobre las orejas... Entonces la Banhau, como una maza cae sin conocimiento.

Y el horrible animal va y viene sobre la mujer en una madeja de nervios, y de músculos, en que las ropas de la cama, hechas trizas no bastan a chupar el rojo líquido; luego el gato salta a las cortinas y de las cortinas se lanza de nuevo, de un bote, encima de la vieja, emborrachándose con su sangre caliente, a la que mezcla su baba de rabioso.

Cuando a las diez los vecinos de vuelta de la iglesia se empinaron para mirar por encima de la buhardilla, de donde salían gritos ahogados, en la noche casi clara apercibieron un gato enardecido, cuyos flancos se hinchan como un fuelle de fragua y que maullaba sentado sobre el pecho de la anciana muerta.

Solución al Jeroglífico número 39,
por Morán:

«Espere la solución»

Salomé

Corre la orgía al compás de la música enervante; se tira el vino abundante escanciado por demás; es el dueño Satanás que ordena odios y rencores, en un marco de colores y aleteos de palomas, que perfuman los aromas de las más preciadas flores.

Se abre una puerta espaciosa y un esclavo en el salón penetra: la reunión queda al punto silenciosa. Ante la gente curiosa que mira su movimiento, se acerca con paso lento a una elegante mesita, y en la misma deposita tapado un bulto sangriento.

La impudicia y la beldad de Salomé, en el ambiente, con sus giros de serpiente, pone aromas de maldad. Y ante la inmensa ansiedad de todos, gira la artista, y en una actitud prevista destapado el bulto deja: presenta en una bandeja la cabeza del Bautista.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

El remordimiento atormentaba al rey Herodes. La degollación de Juan el Bautista, pedida por la bailarina Salomé en un momento en que la alegría del vino y el placer ofuscaba su mente, aturdiría al viejo rey y en vano procuraba disipar su inquietud.

La aparición de Jesús de Nazaret en aquellos tiempos, los extraordinarios prodigios que de El se hablaban y la coincidencia de su doctrina, hízole pensar en la resurrección del mismo Juan decapitado, reencarnando en aquel hombre que obra tantos portentos.

Tenaz en su ofuscación, no encontró otro medio para aturdir sus remordimientos que prender al mismo Jesús y darle muerte, queriendo con ello borrar el recuerdo de su crimen.

Y decretó su busca para asesinarle también.

Y la escena se repite. La Iglesia de Cristo, perseguida siempre por los Herodes de todos los tiempos, unas veces desde las alturas del poder y otras en la vida privada con la blasfemia y la censura grosera de sus disposiciones, sufre las consecuencias de haber censurado los pecados de los hombres y de las colectividades. Al decir la verdad, como dijo entonces el Bautista del perverso Herodes, atrae hacia sí la persecución por aquellos que se sien-

ten agraviados al escuchar de los labios santos de la Iglesia la dura crítica de sus modos de vivir y de actuar.

Duele escuchar la verdad, cuando quien la dice tiene autoridad moral para decirla; por eso se la ha perseguido siempre a fin de hacerla enmudecer y poder continuar sin que la conciencia grite haciéndose eco de las palabras de la Iglesia, el anatema a nuestras deshonestidades.

Nos molesta oír el consejo leal, la crítica sensata y desinteresada del amigo o del sacerdote, nos incomoda escuchar a los oradores sagrados proclamar la rectitud de la vida cristiana, de la honradez y de la moralidad en sus diversas formas, nos parece inoportuno el constante predicar contra la avaricia y la frivolidad y quisiéramos que nadie hablase de nuestros defectos, que si la conciencia nos lo dice, fácilmente podemos aturdirlo con continuas diversiones y constantes placeres.

Vivir y gozar, sin que nadie tenga que darnos un consejo. Y si algún amigo, sacerdote o nuestros familiares claman contra nosotros, no tenemos inconveniente en cubrirle de oprobios, despreciarle desconsideradamente o entregar su cabeza, si es preciso, al odio desatado de la pasión.

La verdad ha molestado siempre a quienes han vivido apartados de ella. Quisieran que la verdad no existiese y para destruirla destruyen a quienes continuamente la repiten en sus oídos.

Los grandes perseguidores de la Iglesia, si enviaron los cristianos a las fieras o destruyeron su vida, lo hicieron por miedo a la verdad que representaban. Sus doctrinas les hablaban de una moral que estaba en contra de sus modos de vivir. Toda la organización social se vendría abajo con la implantación de la moral cristiana y ese miedo a la verdad que ponía al descubierto sus crímenes, sus injusticias y sus vidas licenciosas, les obligaba a matar y destruir para evitar que los gritos de sus conciencias acabasen atormentándoles hasta obligarles a rectificar. Escuchad a esos amigos nuestros, que todos tenemos, y al censurar a la Iglesia, adivinareis los motivos que les obligan a ello. Sus vidas no se adaptan a la verdadera moral y tendrían mucho que arreglar y corregir y carecen de fuerzas y a veces hasta de libertad para ello.

No es tan fácil para muchos romper con lazos que les han sujetado a la inmoralidad y la mentira. Es preciso un gran esfuerzo de la voluntad y una decisión firme y valiente ante el mundo y ante sí mismos. Y como eso es muy difícil para muchos, de ahí que la persecución arrecie más o menos fuerte según la mentira esté más arraigada en las masas o en los hombres y los vicios e inmoralidades les hayan sujetado con más fuerza.

El hombre que obra y vive rectamente no tiene nunca miedo a la verdad. La Iglesia tendrá siempre como mortal enemigo al inmoral, al vicioso, el avaro, a todos aquellos seres e instituciones que estén en contraposición constante contra la moral cristiana encargada de velar por la verdad dictada por Dios al hombre.

Pero aún no había llegado su hora y Jesús de Nazaret se retiró de las cercanías del rey Herodes.

R.

La familia

Esta institución tan fundamental en la vida de los pueblos ha de ser objeto por parte del jefe de la misma de una atención extraordinaria.

El católico, debe de ocuparse primeramente del apostolado de sus familiares, educarles y vigilar la educación complementaria que reciban sus hijos, señalar normas de conducta no solamente religiosa sino social, observar con el mayor cuidado las relaciones que sus hijos tienen, los lugares que frecuentan y su comportamiento social.

En lo religioso, cuidarse de las prácticas que están obligados a cumplir, al mismo tiempo que atender a su estado religioso interior ayudándoles en todo momento a solucionar los problemas que se les planteen con el cariño de verdadero padre no sólo por la naturaleza sino por mandato de Dios.

Así como se vigila la salud de los hijos, así también debe de atenderse a su salud religiosa y social para que más adelante, el abandono por parte del padre en la educación totalitaria de sus hijos, no vaya a dar que lamentar.

Muy bien está el apostolado de nuestros prójimos; pero no olvidemos que ese prójimo de que nos hablan los Evangelios empieza por nuestra familia y por necesidad de la formación del niño, por nuestros hijos.

La responsabilidad es grande si nos olvidamos de lo fundamental por atender lo secundario.

J. M.

Comentando

MAS PROBLEMAS

Vamos a seguir enunciando algunos problemas más del fumador. Hay una frase de la alta filosofía que dice: Fumo por ver salir el humo. ¡Esto si que es grande, amable lector! ¡Fumar solamente por ver salir el humo! No deja de ser un tremendo desprestigio para la pobre nicotina. Pero esto encierra en sí uno de los problemas más graves del fumar. ¿Por dónde sale el humo? Recuerdo perfectamente que en los verdes años de mi niñez, alguien me aseguró que si yo ponía la mano sobre el pecho del fumador, éste expulsaría el humo por los ojos. El premio o el castigo de mi inocencia, fué que el ascua del pitillo chamuscáse mi debil mano. Sirva esto para demostrar palpariamente que el humo, no sale por los ojos. Hay damiselas que echan fuego por los ojos y que miran con miradas incendiarias, pero es fuego sin humo.

Por las orejas y otros sitios, ni hablar. Nadie podrá demostrar lo contrario, y por lo tanto, podemos asegurar, sin miedo a equivocarnos en tan importante cuestión, que todos esos conductos no sirven de chimeneas a los fumadores. Quedan sólo las narices y la boca. Las narices son una doble chimenea puesta al revés. Son como

una escopeta de dos cañones que disparan al mismo tiempo. Sus disparos, cuando se hacen sobre el blanco de un pañuelo, suelen ser estrepitosos, y siempre dan en «diana». Pues por ahí sale a veces el humo. Y otras veces, por la boca.

Yo me puse en cierta ocasión a realizar el experimento. Noté en seguida una falta que no pude subsanar. Falta de urbanismo en la circulación. En mi garganta, hacía falta un guardia de la porra para que organizase debidamente la circulación de humo. Esto sería la solución del problema, pues sin él me pasaba, como a casi todos, que el humo se me escapaba desordenadamente por donde quería. ¿Era mi intención el expulsarle por las narices? Pues me salía por la boca. ¿Quería expulsarle por la boca? Pues tenía que ser por las narices, porque esta era su voluntad. ¡Y menos mal! Nunca se me olvida una ocasión en que la mitad del humo se le antojó en salir por un sitio y la otra mitad por el otro. Hubo lucha de estornudos y toses, y, por fin, las dos mitades se pusieron de acuer-

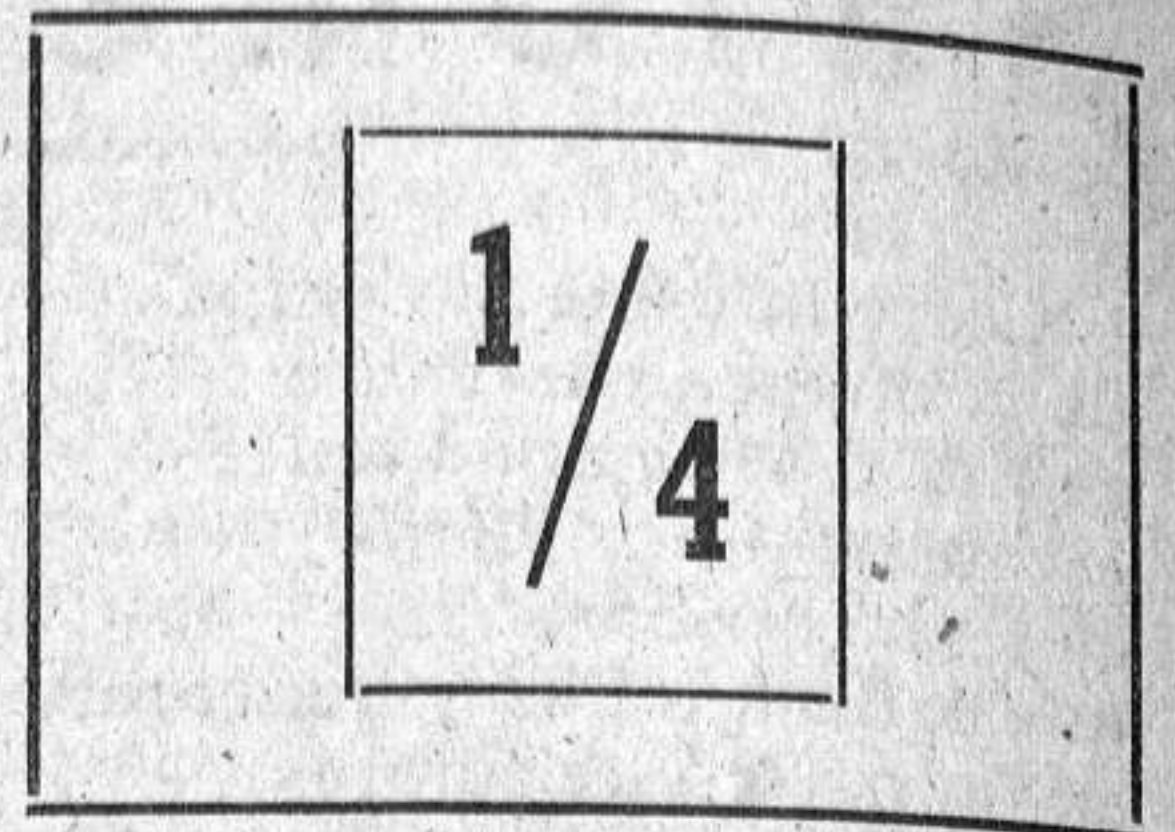
do... para fastidiarme, y se me colaron en el estómago. Aquella vez, lo confieso con rubor, no sé por dónde me salió el humo.

¿Por qué los hombres se buscan estos problemas verdaderamente inútiles y de tanta complicación? Somos tontos, o mejor dicho son tontos, porque yo no fumo. Pero tengo que confesar honradamente por qué no fumo yo. Yo soy un hombre sumamente cómodo, y si no fumo no es porque no me agrada el tabaco. Es por comodidad. Yo fumaría si alguien me hiciese el pitillo (y me lo regalase siempre), si alguien me lo encendiese, si alguien se molestase en chupar sin cansancio de mis pulmones, si alguien espantase la ceniza de su ascua, si alguien escupiese en mi nombre y si alguien arrojase al suelo la colilla que sobrase. Es decir, que en estas condiciones estoy fumando ahora, porque todo esto me lo hacen los demás y yo, ni hago el pitillo, ni lo enciendo, ni lo fumo ni nada.

Y no tengo problemas inútiles que resolver en una vida que ya de por sí está llena de problemas que preocupan.

HERO

Jeroglífico núm. 40, por Morán:



¿Dónde dejaste el perrito?

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115

GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

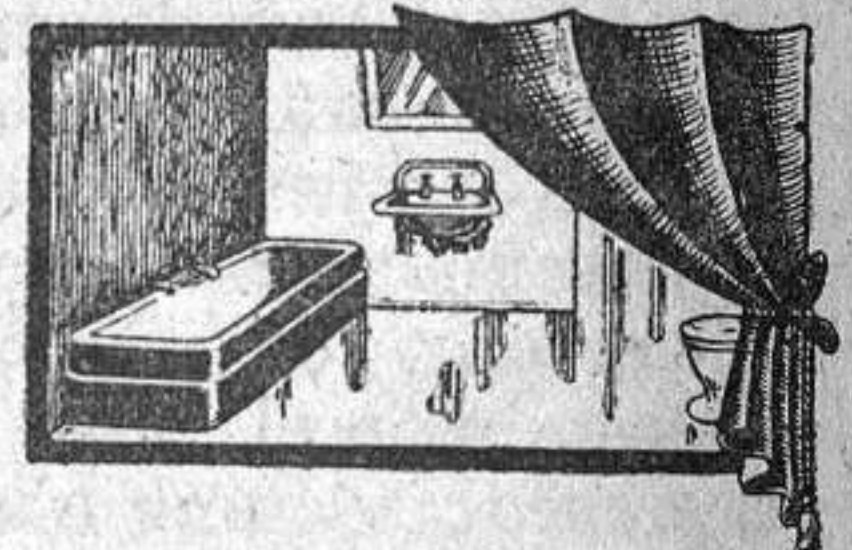
Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALÈNCIA

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230

GIJON



Materiales de
Sanearniento
Y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor OsorioRelojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA**J. A. M. S. A.**PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)